

REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

JEFE DE REDACCION: JESUS URUETA.

Tip. de Dublán.



PROFETAS DE MIGUEL ANGEL.--CAPILLA SIXTINA. ROMA.



“PAISAJES PARISIENSES.”

(MANUEL UGARTE.—PARIS.—1901).



OSAS de asfalto. . . . Grisetas marchitas por el hambre clorótica bajo la opacidad brumaria del cielo parisino, y ebriantes de neurosis báquica al fulgor agrio de las burbujas de luz con que ha feerizado al orbe el brujo de Menlo Park; una atmósfera hollinada por el humo de las pipas inextinguibles, y entre ella, estiqueados vigorosamente á golpes sobrios, los brigantes del amor y del placer, los usurpadores del viejo corazón romántico, degenerados, sin sangre y sin alma, gastados y pasados de placeres, vacíos de genialidad, sonámbulos de la antigua alegría gala!

Ah! mi bienamado artista! . . . Tu sangre ardorosa americana y tus ironías gozosas de veinte años son las que han flameado en hipostasis efímera, en cerebros sorbidos por el vampiro absintio y en estremecimientos galvanizados de organismos muertos para las rapsodias de que has sido rápsoda!

Sería necesario peregrinar á Praga para saludar con un bock de cerveza rubia á la antigua bohemia! La del barrio latino ha bebido en demasía y hase envenenado del mal tremendo. De tanto beber, Baco se ha vuelto viejo!

El artista argentino, adolescente y vibrátil, ha sido personaje decorativo en ese carnaval de Goya; ha llevado su temperamento soñador y exótico á la saturnal moderna y ha fusionado su delicadeza sensitiva en personajes que aparecen como él querría que hubiesen sido, soñadores románticos soñados en América por los que hemos transmigrado de Bohemia merced á veleidades de la fortuna; y sentimos tristeza al ver que el alcohol y la lujuria son las dos notas del leitmotif de esos paisajes.

Pero el artista ha hecho bien. Su naturismo de paisajista de almas ha trabajado frente á las modelos desnudas del ropaje romántico de Mimi Pinson; y sus grisetas, perversas como *Marcela* ó abnegadas como *Raquel*, van y vienen bajo la bruma, enfermas rosas de asfalto, en la espera inexorable del brusco aletazo de Amor que las tenderá de espaldas. El limo de la vieja Lutecia es fecundo para germinar esas frágiles anémonas, y así Ugarte nos presenta una serie de croquis en que á amplios trazos se destacan fuertemente perfiles y escorzos de mujeres febriles, sedientas de amor, flageladas por la vida, en desbandada al Erebo del vicio, aturdiendo la tragedia de su juventud mancillada en torno á las mesas del cabaret—lápidas marmóreas de toda virtud—rendidas en botín fácil á los corsarios del amor y del placer, híbridos, usurpadores de la vida de bohemia, cuyos chambergos y melenas y pipas han profanado para hacer antifaz á su holgazanería de sostenidos!

El peregrino paisajista ha copiado las buhardillas penumbrosas, los camaranchones húmedos, el viejo París anguloso y patinado por los siglos, la poesía de las cosas que se extinguen, que naufragan en vorágine destructora barridas por la orientación nueva del arte humano. Lo imagino, irresoluto en su poder de prosista vigoroso, antes de singlar hacia la constelación que lo atrae, antes de lanzar su sólida barca velera en el erostratismo que lo corroe—Unamuno halló la frase,—esfumado ya en su tendencia socialista, volver los ojos á la adolescencia perdida, la bohemia dorada, y apresurarse á espigar ese haz de paisajes que no vuelven, la juvenilia de sus sueños de poeta, flor que cuajó de pulpa de tez de ninfas la primavera del duraznero, y que en el espléndido estío se transformará en carnosos frutos!

Y, pródigo de su paleta virgen, ha cromatizado los matices en penumbras de ensueño y ha dado toques vigorosamente flamencos en la expresión nueva, en la frase personal suya, en súbita revelación de procedimiento propio; relieves hirientes realzan sus croquis cuando pinta «mordisqueos de besos» ó cuando nos hace oír carcajadas que cabalgan en la noche. Bien hallado! Podrá parecer grotesco á mansos ramoneadores de la plácida berza jovellanesca; podrá enfermar la neurastenia aguda de los almibarados malabares de la frase que no hiere, infecunda y hueca; pero esculpirá la sensación realista en el espíritu de los que buscan en el arte el dolor y el placer de la humanidad.

A pesar de su juventud abierta á la luz del arte en plena primavera gala; á pesar del oleaje iconoclasta que bate las literaturas muertas, entronizando un procedimiento grandiosamente caótico para bien de pocos y para mal de muchos, Manuel Ugarte no es ni simbolista, ni romano, ni neogriego, ni sa-

tánico, ni místico: es humano, es amplio y sensitivo, es pasionario y generoso para sentir con el hermano que sufre á su lado; canta el amor y el placer y lanza su anatema contra las injusticias de la vida; hace de su don de intelectual un ariete en defensa de los agobiados y los vencidos! Sabe que el artista surge para cumplir una misión!

Posee la natural elegancia de un verdadero escritor. Sin exagerar la moda, sin exudar la frase, sin huronear el vocablo, tampoco gusta de lambrequinar su moderno trofeo de prosador americano proclamando abolengos de aristocracias hispánicas, hoy tronadas en letras! Escribe como siente, como piensa, en amplio cosmopolitismo de ideas fecundado en temprano viaje á Europa y América, cuando su espíritu abierto como un cáliz de flor daba á las auras del cielo el aroma de sus afecciones de mozo!

Un día, en el mes de las sabanas floridas, en el fructidor pluvioso en nuestras zonas, Manuel Ugarte llegó á nuestra ciudad consagrada por un siglo de sangre y hierro, deseoso de ver el país romántico y novelesco hollado por los legionarios de dos imperios, anidado por el águila aventurera de Galia y por el águila bifronte de Austria-Hungría. . . . El garzón cayó en plena sangre latina, en plena sirte de placeres que había de arrojar un poco más tarde á las playas de la muerte el cadáver de nuestro Bernardo Couto Castillo—el pequeño—el consentido de los artistas y de las mujeres. . . . Estábamos todos. . . . y estábamos juntos. . . . y Ugarte se sentó á nuestra mesa cual si hubiese sido un hermano ausente que volvía de un largo viaje; se hablaba de amor y de arte, los dos problemas únicos y absorbentes de la juventud soñadora; inquiríamos con avidez recíproca las intimidades de las dos pléyades militantes, la una en la ría del Plata y la otra en el valle de los lagos muertos de Anáhuac. Las noches frescas volaban con sus constelaciones doradas, después de los días pradiales, y errábamos al fulgor cintilante de los astros persiguiendo el beso de una rima soñada ó el beso de una boca bermeja. . . .

Y una de aquellas noches, en el calor de una polémica surgida en torno á una mesa cubierta de bocks de cerveza ambarina, Ugarte vibró esta frase:

—No valgo por lo que he hecho, sino por lo que haré!

Osado pensamiento que revelaba ingenuamente su fuerza interna, su confianza en la labor tenaz de la obra madurada á fuego lento, que en breve había de cumplirse en esa bella primicia paginada que son los *Paisajes parisienses*.

Abro al acaso los lindos óleos de caballete, y hallo croquis tan hermosos como *La lluvia en el bosque*, *Bajo la luna*, *Las aldeas*, que me recuerdan un sueño ido, que me arroban en el sueño acariciado en vano, de los sitios donde noche á noche mi espíritu yerra en torno de Lutecia cual mariposa nocturna en torno de la luz; leo *Una aventura*, para mí el mejor cuento, y entreveo las marinas holandesas á fuertes tintas sobre fondos grises y oigo «el bordonear de las aguas» en los canales henchidos de bergantines.

En *Graveloche* hay un desfile completo; es la bohemia en brama, bacantes y faunos expoliados por Bacchus, Gambrinus y Venus, no persiguiéndose en una pradera ó en una selva de Héllade, sino afrodisiándose en los cafés cantantes con danzantes vientres desnudos y coplas más fuertes que un marisco pimentado con Cayena. La saturnal moderna en todo su esplendor; las Ménades revolcándose desnudas en los divanes de los talleres, ante ojos ardientes de pintores de vellocinos de Venus y de poetas obcedidos por el sexo, cuya más alta jerarquía proclama Felicien Champsaurd! Adios raptos de Dejanira de Helena y de Europa! No hay sino pobres rosas de asfalto que esperan un brusco aletazo de Amor para caer de espaldas!

El romanticismo para siempre ha muerto! La bohemia de esos *Paisajes* es una bohemia de hastío! . . . y para curarme el alma de ese contagio—todo libro que lo produce es libro fuerte—voy á oír á Ruggiero Leoncavallo, voy á oír su música viva y ardiente, trasplantada á 1838 para evocar las canciones de Alfredo de Musset y Henry Murger. . . .

Mimi Pinson la biondinetta. . . .

. . . . y veo á Schaunard, á Colline, á Rodolfo, á Marcelo, vivos, en carne y hueso, cortejando á Mimi, á Musette y á Femia, las blondinas de grandes sombreros mariposas y volantes abanicadores, y oigo la algarazara del café *Momus* y la fiesta que llena todo un patio y toda una ciudad y toda una época y toda una literatura, y sonrío y suspiro al recordar los dichosos tiempos idos para siempre, y me entristece equiparar esa huida á la de mis veinte años, mis veinte primaveras bien muertas. . . .

Mimi Pinson la biondinetta ha muerto también, y no la despertará nadie, jamás, sino en un drama lírico ó en una página de arte! En tus paisajes flota la sombra de Mimi, hermano mío de los *Paisajes parisienses*, pero es solamente la poesía que has hecho sonreír en las buhardillas en que agonizan bajo la bruma del realismo esas pobres grisetas, esas pobres musas de ajénjo. . . .!

RUBÉN M. CAMPOS.



LAS PRINCESAS.

(DE THÉODORE DE BANVILLE).

MEDEA.

Me lea, la heroína que alienta un amor rudo,
Canta con el mar negro y el río que delira
Y en el astro que flota sobre sus ondas mira
El reflejo albeante de su cuerpo desnudo.

Pálida encantadora, cerca del Phasio mudo
Canta y la vespertina ráfaga que suspira,
Uniéndose á sus versos con un rumor de lira,
Sus cabellos en crenchas doradas desanuda.

Sus miradas ardientes en el profundo cielo
Clavándose disciernen ensangrentado velo....
Luego arranca en la falda de la montaña bruna

Las plantas que recelan el trágico veneno,
Mientras que luminoso brilla su erecto seno
Como un pulido mármol al rayo de la luna!

CLEOPATRA.

Llora el río en la calma de la noche encendida,
Lloran eternamente los rumores del Nilo,
Y los dioses eternos del alto peristilo,
Y las negras esfinges en la grande avenida.

La luna sobre un mago matiz crisoberilo
De nébulas, empapa con luz desvanecida
A Cleopatra desnuda, vencedora y dormida
Sobre un extraño lecho que finge un cocodrilo.

Y mientras que dormita—maldición y tesoro
Del mundo—un dios de jaspe con cabeza de toro
Se inclina y ve su seno donde la luz se posa;

Su seno en que los fuegos—rutilantes abrojos—
Chispean inflamando su brasa azul y rosa....
Y al idolo de jaspe se le quemán los ojos!

MESALINA.

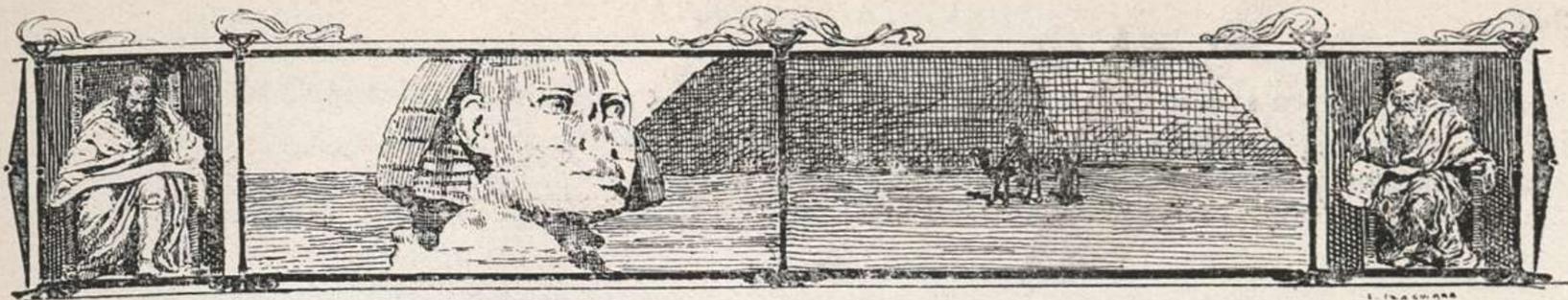
Ardiente, arrebatada por su pasión constante,
Mesalina que nunca su fiebre desaltera,
Prendida en las espaldas la piel de la pantera,
La vendimia celebra con su joven amante.

Estrecha con sus brazos de nieve, delirante,
A Silyus y le dice: «Sin misterio quisiera
Besar tu pie y que toda la humanidad lo viera!...»
Y del lagar el vino se escapa desbordante!

Y al fin el coro danza y al ritmo de la lira
Estruja la bacante que trema y que delira
Los pámpanos purpúreos y en locos embelesos,

Con labios donde sangran las uvas exprimidas
El rostro del efebo macula con sus besos
Y dejan sus caricias señales de mordidas!

JOSÉ JUAN TABLADA.



“VIAJE AL PAIS DE LA DECADENCIA”

POR SANTIAGO ARGÜELLO H.

(CONTINÚA.)

CAPÍTULO II. DE VIAJE.



—SALIMOS.

Y era una laguna, de orillas recortadas en círculo perfecto, azul y fúlgida, como una gran turquesa liquidada. Ni damas blancas, ni ondinas. Ni siquiera el pecesito nervioso de las claras fuentes. Agua sin rizos, cabellera de india.

Bajo la azul diafanidad, se columbra, allá en el fondo, un triángulo. Y en medio de ese triángulo, un ojo abierto que mira fijamente....

En derredor del lago, en tres iguales segmentos, tres raros y pasmosos palacios, cada uno con su huerto florido.

EL EFEBO, encaminándose al primer edificio:

—Entremos aquí.

Dió un aldabonazo, y la puerta, como un párpado con sueño, apenas separó sus pestañas.

Entramos.

El salón era frío y triste. Un reloj recordaba nuestro eterno desfile con el desfile eterno de su arena. Una ave disecada mostraba su esqueleto, epílogo, fin, término del aligero músico del Alba. La dueña también se hallaba allí, con un dedo en la frente. En sus ojos estaban apagados los cirios de la esperanza. Ese rostro era triste.

Pasamos al huerto.

EL EFEBO:

—Fijate bien en todo, para que nada olvides. Es preciso que te instruyas, para llegar al difícil país á donde vamos. ¿Ves cuántos árboles, qué millares de arbustos, qué museo de frutos? Toca. En esta mansión todo tiene vida real. Aquí nada es fingido; aquí no hay espejismos. La fantasía no ha hollado jamás el musgo de este huerto. Esa Flora es un organismo en función, como los que tú conoces. ¿Te gusta aquel ramaje? ¿Te desagrada la calvicie irregular de esa copa? ¿Sientes que alienta tus pulmones la esencia de esa rosa? ¿Te hizo gritar el aguijón de esa ortiga?.... Ya lo ves; lo uno es bello, y lo otro inarmónico; ésto sana, y aquéllo hace sangrar y enferma. En este huerto crece lo grande y lo pequeño, lo agradable y lo feo, la flor que embriaga y la que destila tósigos. La única condición que busca la Señora es que las plantas sean adorables y sápidos los frutos para el olfato y la lengua de los hombres *despiertos*.

Yo:

—¿El nombre de la Señora?....

EL EFEBO:

—La Verdad.

*
*
*

Salimos por la misma puerta, apenas entornada misteriosamente.

El segundo edificio era de mármol. Severo, silencioso como un templo. Dentro, el aire olfa á incienso y llevaba en sus ondas arrullos de invisibles palomas.

La dueña—rostro sacerdotal en donde juega una sonrisa evangélica,—trajeada de albescente lino, deja caer sobre nosotros una mirada apacible como una ala materna.

En el huerto:

EL EFEBO:

—Esas flores y esos frutos son benéficos. Su esencia panaceaica adormece los males. Y los racimos no embriagan, antes son suaves y purificadores. La lumbre que los dora, limpia de toda mácula. La acritud, la amargura, la insania están lejos del benéfico zumo. Aquí verás cortezas en llagas, ó deformadas con la erupción pustulosa de sus gomas; aquí abren sus ramas árboles fantásticos, frondas de calentura; mas, erectos ó jibosos, organismos evidentes ó fantasmas botánicos, todos llevan la marca de *lo bueno*. A Dios incensan con la emanación vivificante de sus broches, y al mundo ofrecen la copa de sus cálices, donde rebosa el fluido de la eterna salud. Amor! Eso trinan sus pájaros, castos y tiernos, eucarísticas aves de los púlpitos; eso rumorea el alisio, cuando sopla, en sus juegos, sobre la abisinia cabellera de los copudos robles; eso murmura el agua que en chorro adamantino sale de las menudas bocas de querubes de mármol y que, al caer en el pilón de alabastro de la fuente, se va rompiendo en menudas chispas líquidas. Amor es la palabra ritual en este templo. Y, á su conjuro, caen las impurezas del alma, y el aire que se inspira satura de inocencia, y se abarca lo inmenso con la débil pupila y se tocan los límites del cielo. Aquí sanan las almas como en una pila bautismal.

Yo:

—¿Y la dueña se llama?....

EL EFEBO:

—La Bondad.

*
*
*

El tercer edificio guardaba sorpresas divinales. Era un joyel donde jugaba la luz en deliciosos avatares cromáticos. Pebetero, viola, iris, néctar, cojín; sueño y verdad, razón y fantasía, arrullo del sentido y éxtasis del alma.

Su jardín, un deslumbramiento. Cada flor, un broche sideral. En las hojas—verdes láminas de hialinas sonoridades—rodaba, brotando de los alegres buches,—surtidores con alas—una lluvia trinadora de rítmicos aljófares.

Allí, bajo cortinas de follaje, Julia y Mesalina refocilan su lascivia sobre imperiales púrpuras; y más lejos, de pie en su nube, con su manto lanceado de estrellas, María, el lucero del alba, la torre marfileña la que sojuzga la cabeza vipérea con la seda rosada de su planta, prende en sus labios la aurora mística, la sonrisa de la Madre Virgen. Allí vuelan los ángeles de Milton, sueña Margarita con las joyas de Fausto, caracolean con escarces bélicos los palafrenes de Orlando y Radamante. Allí se elevan las dovelas de los palacios asirios, se enrizan las volutas y las zodarias de licornias de los capiteles pérsicos, se enfilan las tiasas cariátides y las ceñudas momias de un templo de Isambul. Allí zumba la avispa musical de las manolas en los chispas bordones de las vihuelas; Antigenes abre los panales de su flauta; se adormecen los oídos sultánicos al modular la ojaleba de una odalisca granadina; dicen panderos y castañetas sus alegrías truhanescas, sollozan las serenatas de Schubert, ó repiquetean sus armonías ideológicas los wálkirianos cascos. A la orilla del pilón de esa fuente dejó sus faunos Praxiteles, y Fidias sus deidades crislefantinas. A los bisos de la irisada lumbre, se esponjan las plétoras de Rubens, Rembrandt despliega sus antítesis de luz, riega Veroneso sus divinos óros patricios y se elevan las sagradas ondas del turíbulo ante las figuras de Angélico, que sueñan sumergidas en sus beatas penumbras de crepúsculo.

Sentí que pasaban por mi espíritu sacras fulguraciones. En mi tabernáculo brillaban los rayos de la custodia y los bordes áureos de la píxide, y apareció en el ampo de la forma la divina Prescencia.

EL EFEBO:

—Esa que va por los paseos del jardín, bajo arcadas umbreñas, sobre raras alfombras de pétalos, es la Señora de la divina morada. Su cabeza lleva siempre la guirnalda de luz de las aureolas. Haga la mueca del dolor, labre en su rostro la arruga de la risa, gesticule la pena ó muestre el gozo, sople la vela ó prenda los altares, siempre fascina, siempre encanta, siempre tiene su voz los terciopelos del arrullo, siempre cae bien la caricia de luz de sus miradas, y sus labios destilan zumo de viñas y hay en sus pupilas resplandores de Olimpo. Si viene de sus manos, bebed sin pena vuestra copa de acíbar, seguros de que vais á paladear ambrosía, á sabiendas de que apuráis el líquido de la amargura. Ella sabe dar esas sorpresas. Ella sabe engañaros, para que no sintáis la aspereza de las drogas; y, en su prescencia

paladearéis con gusto y hallaréis sabroso lo desabrido é ingrato. Ella sabe arrancar el rayo luminoso de la entraña de sombras del abismo. Si ella os señala un precipicio, no haya temores! Arrojáos en él, y estad seguros, que hallaréis alas suaves que os llevarán por los países de la nota y del tono, envolviéndoos en la irisada evanescencia de las gasas del sueño.

¿Quieres tú saber quién es? . . . Pues descúbrete ante la universal emperatriz. Es la madre ubérrima de todos los hijos del Sol. Es la Señora de todos los castillos. Los pecheros, los siervos de ese gran feudo estéril—la Estulticia—que desparrama sus grajos á los cuatro vientos, no la tienen respeto, porque no alcanzan á verla tal como es. Pero ella recibe los homenajes de todos los heroicos caballeros, que por su amor rompen lanzas, y cuyas mansiones señoriales son capillas en que arden á millares los cirios, en altares de radiosa opulencia, donde se ve la lumbre de las velas como inversas lágrimas de oro.

Ponte de rodillas, que pasa junto á tí la Belleza!

Yo, tembloroso:

—¿Es ella? . . . ¿Y éstos son sus árboles, y esos racimos son sus frutos, y aquellos ramilletes—pedrerías con espíritu de astro—son sus vivos ramilletes de flores? . . .

EL EFEBO:

—Tú lo dices. Ahora compara con lo que antes viste. Aquí, en este jardín, no hay un árbol jiboso, ni una rama desnuda, ni una copa sin gracia. Las hojas muestran siempre sus trajes de primavera. Flora aquí mantiene su perennial sonrisa, y Pomona luce en toda época la opulencia de sus mejillas rosadas, y es su vientre eternamente fecundo. Nada toques, para que no te espongas á sufrir desencantos. Ve y admira y goza. Aquí hay arbustos reales, pero hay también otros fingidos. Nada pruebes tampoco, porque, si hay plantas cuya savia da salud y acrecienta la vida, es bien fácil que encuentres cicutas y beleños. Aquí no todo es *cierto*, ni todo es *bueno*, pero sí todo es *bello*.

Yo:

—¿Y hay siempre buen acuerdo entre las tres Señoras? ¿No acaecen limitrofes disputas? ¿No mueve la avaricia á las dueñas, ni las impulsa á internar su dominio en el dominio ajeno?

EL EFEBO:

—Las tres conocen bien su derrotero. Ninguna atiende á la Avaricia, porque de nada serviría atenderla. Los árboles de la una son *reales*, como has visto. Saludables ó nocivos, repugnantes ó armónicos: *siempre* reales. La dueña, al cultivarlos, se apellida la Ciencia. La otra tiene plantas *graciosas* ó *desgarbadas*, verdaderas ó irreales, pero *siempre* buenas, formal y fundamentalmente buenas. De jardinera, se llama la Moral. Esa que acaba de pasar junto á tí, y ante cuyos fulgores caíste de rodillas, todo lo aparta, lo que *sólo* es bueno y lo que *sólo* es cierto, porque en su suelo enraizan nada más que los árboles que llevan en sus venas la savia de lo bello. Los labradores la conocen con el nombre de Estética. Cada una de ellas tiene fin propio. Admiten elemento ajeno, pero jamás prescindirían de su esencia íntima.

Yo:

—¿Pero no llegan á veces á confundirse sus dominios? ¿No es bello lo que es bueno y lo que es cierto? ¿No es bueno lo que es cierto y lo que es bello?

EL EFEBO:

—Muchos, como tú, han sufrido tan lamentable error. Hay dos colores: blanco y negro; hay dos tiempos: día y noche; dos estados: vida y muerte; dos ideas: Dios y Lucifer, Ormuz y Arimán, Bien y Mal. Todo, en el mundo, se halla entre esas dos planchas antinómicas. Hijos de Dios, hijos de la Luz: el Bien, la Verdad y la Belleza. El rayo-idea rasga el tenebroso seno de la noche-ignorancia. La Voluntad obliga á despreciar las flores que encubren la infección de las ciénagas, cuando los rayos cerebrales, arrancando la venda, alumbran la turbia podredumbre de las alcantarillas. Cuando la Verdad se enciende, la Voluntad enseña lo que debemos cumplir, aunque la ruta se halle cubierta de abrojos y de ortigas. Su dedo nos muestra la Tierra Prometida: la luz celeste. En el fondo del humano sér hay cuerdas de una arpa misteriosa que suena á veces la melodía del goce: arpa eolia tocada por el aire, ese artista sutil que escurre sus alas invisibles á través de la ojiva del sentido. Esa arpa limpia con el suave plumero de sus notas el polvo helado de la melancolía, otra forma del Mal, de la Noche y de la Muerte.

El pensamiento y el saber son bellos, como antagónicos de la tiniebla, que es fea. El que aprende goza, porque aprende.

El acto moral y voluntario es bello, porque se opone al desenfreno y á la muerte del alma. Goza el que obra bien, porque obró bien.

¿Y el que escucha la música del arpa interior y siente la embriaguez insensual, por qué goza?..... Vedlo! Ya está en éxtasis, con la mirada fija en el vacío, viendo lo imposible, en la radiosa transfiguración de los videntes!

Belleza científica, Belleza moral, Belleza estética, hijas de la *Belleza Luz*, hija de Dios, hija del cielo.

La Ciencia goza por el interés de la verdad; la Moral goza por el interés del bien; la Estética goza porque goza. No hay en ella interés. El placer es su sombra, su efecto indispensable, como lo cierto y lo bueno lo son de sus hermanas. El placer, hasta en el dolor, hasta en las lágrimas.

Mira esos árboles, por última vez, y saca el provecho necesario de mis palabras. Todas las plantas de este huerto encantan, aunque al tocarlas se desvanezcan como un copo de ensueño, y aunque sus pomos encierren en el jugo la ponzoña del mal. El sabio tiene el árbol de la Ciencia; el sacerdote cuida el árbol del Bien; y el artista hace brotar la flor divina del árbol del placer absoluto: del goce por el goce. Mas, si acierta á nacer entre los surcos un tallo *verdadero*, que no se disipe en la región de los delirios, y que lleve en su sabroso seno la fuente de la vida y en sus corolas el polvo azul y mágico del arte, habráse realizado la portentosa unión; habrá nacido el ser trino y uno, la divinidad soñada por los profetas ideales; se habrá llegado á la gran suma, y se verá la presencia sublime, excelsa, rara, de una síntesis celeste, de un reguero de estrellas marcando en zona fúlgida el camino que lleva á la morada del Dios único. Esa planta florece en el fondo del lago azul, junto el triángulo, que encierra entre sus líneas el ojo del infinito.

(Continuará.)

CADA UNO CON SU QUIMERA.

BAJO un gran cielo gris, en una gran llanura polvorosa, sin caminos, sin césped, sin un cardo, sin una ortiga, encontré á varios hombres que marchaban encorvados.

Cada uno llevaba sobre su espalda una enorme Quimera, pesada como un saco de harina ó de carbón, ó como la furnitura de un infante romano.

Pero el monstruoso animal no era un peso inerte; al contrario, envolvía y oprimía al hombre con sus músculos elásticos y poderosos; se asia con sus dos filosas garras del pecho de su montura, y su cabeza fabulosa remataba la frente del hombre, como uno de aquellos cascos horribles con los que los antiguos guerreros esperaban aumentar el terror del enemigo.

Acerquéme á uno de aquellos hombres y le pregunté dónde se dirigían así. Me respondió que no lo sabía, ni él ni los otros, pero que evidentemente iban á alguna parte, puesto que eran impulsados por una invencible necesidad de andar.

Detalle curioso que observar: ninguno de aquellos viajeros mostraba aspecto irritado contra el monstruo feroz suspendido de su cuello y pegado á su espalda; dijérase que lo consideraba como si formara parte de sí mismo. Todos aquellos rostros fatigados y graves no manifestaban ninguna desesperación; bajo la cúpula esplinética del cielo, con los pies hundidos en el polvo de un suelo tan desolado como el cielo, caminaban con la fisonomía resignada de los que están condenados á esperar siempre.

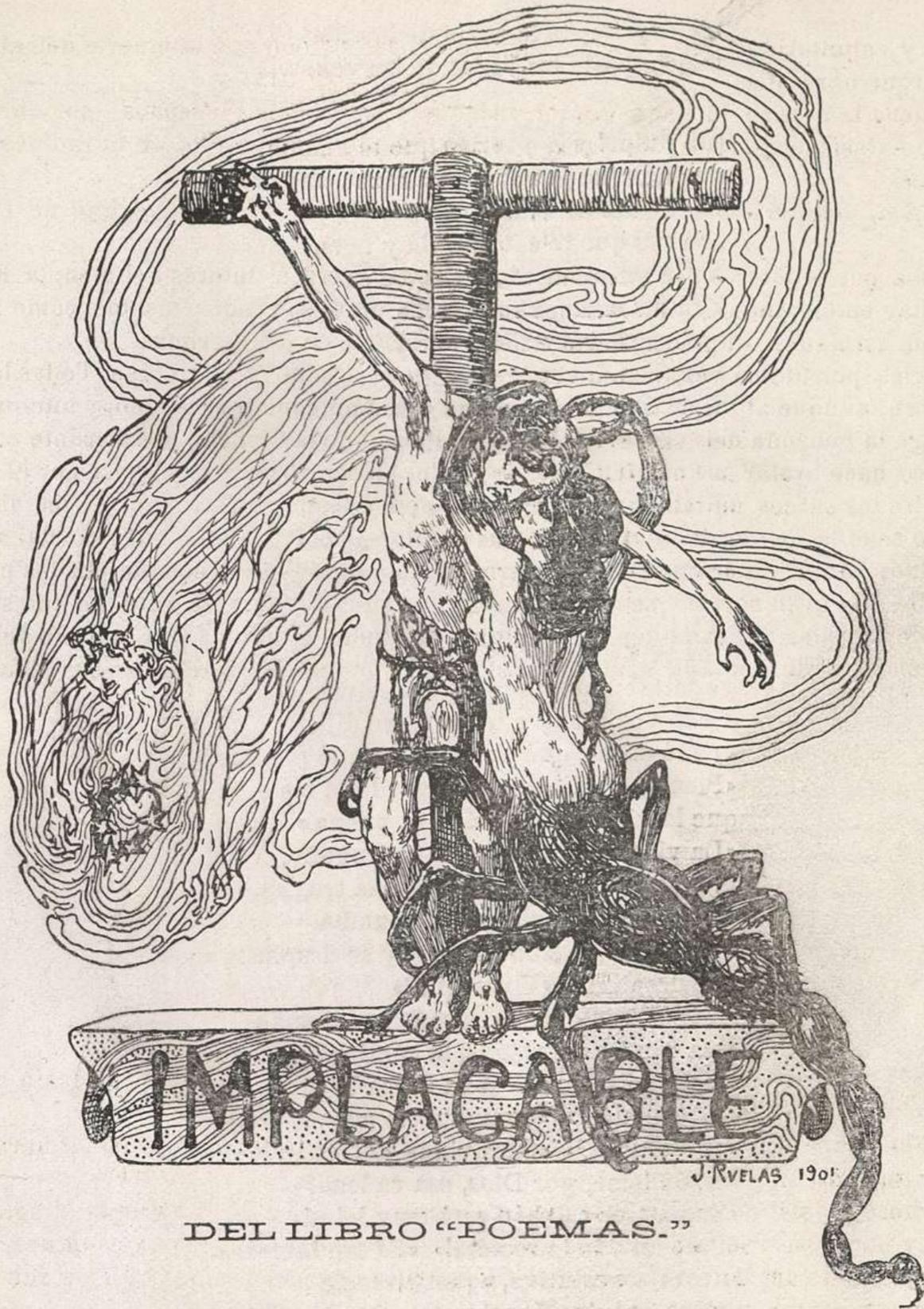
Y el cortejo pasó á mi lado y se sumergió en la atmósfera del horizonte, en el sitio en que la superficie redonda del planeta se oculta á la curiosidad de la vista humana.

Y durante algunos momentos me obstiné en querer penetrar aquel misterio; pero muy pronto la irresistible Indiferencia se abatió sobre mí, dejándome más pesadamente agobiado de lo que iban ellos bajo sus aplastantes Quimeras.

CHARLES BAUDELAIRE.

Trad. de «Revista Moderna.»





DEL LIBRO "POEMAS."

¿Quién te trajo? ¿qué impulso misterioso
te arrojó á mi camino? ¿qué potencia
infernál te mostró mi obscura vida
y te dijo: Ahí está, tómala y hiérela?

Qué destino sañudo, qué destino
acopló tu existencia y mi existencia?
Yo fui como árbol joven, en mis ramas
escherzó sus arrullos filomela
y colgaron sus nidos las alondras
y sus mieles labraron las abejas.

El sol doraba á fuego mis follajes,
la luna con sus luces macilentas
nacaraba mis frondas satinadas,
el viento descrechaba mi cimera.

Mas naciste á mis pies, germen maldito
y creciste á mi amparo, infame yedra
y enredaste á mi tronco tus bejucos
y prendiste festones dondequiera.
Yo dije: Es una hermana, que se acója
á mí, que se difunda, que florezca!
Y pronto, con tus tallos trepadores,
tentáculos floridos de famélica,

me exprimiste la savia de la vida,
me chupaste los jugos de las venas.

¡Oh pulpo! y lo peor es que te amaba,
que aunque la voz de mi razón austera:
«Apártala de tí, me repetía,
¿no ves que te estrangula y te envenena?»
No la quise atender. Estaba solo
y tú me acompañaste; mi alma era
ignorante y sencilla, y le dijiste:
«Analiza, investiga, canta, crea!»
Sí, te amaba, te amaba sobre todas
las cosas bandolera!
me atraían tus ojos, esos ojos
dilatados cual mares sin riberas,
esos ojos tan negros y tan grandes
con pestañas tan grandes y tan negras.

Una tarde llegaste á mi retiro,
yo miraba los montes y las selvas
y con voz que era un eco, me dijiste:
«¿Qué miras, qué meditas, en qué piensas?»
«Pienso, te dije, en la bondad del cielo
que la vida creó; la vida es buena.»
«La vida, respondiste, es un engaño,
la muerte es un ensueño y una tregua,
para morir se nace y en la tumba
se duerme un solo instante y se despierta »
«Se despierta! ¿Y por qué?»
«Porque nos llaman
otra vez las angustias, la contienda,
y es preciso acudir á su llamado.»
«¿Y después?» «Otra muerte nos espera.»
«¿Y después?» «Otra vida» «¿Y cuándo acaba,
respóndeme, por Dios, esa cadena?»
«Su postrer eslabón está muy lejos!»
«Pero en dónde remata!» «Es tan inmensa
la escala evolutiva, aquella escala
que el beduino Jacob en sueños viera!»
. Sentí al oírte
la fatiga del bólido que brega
en medio del espacio y busca límite
que detenga su giro y no lo encuentra;
la fatiga que sienten de seguro
en su ronda inmortal Paolo y Francesca,
la fatiga de tantos eslabones,
la fatiga de tantas existencias,
y se hizo en mi espíritu la noche,
una noche de estigia sempiterna.
Tus ojos la atraían, esos ojos
dilatados cual mares sin riberas,
esos ojos tan negros y tan grandes
con pestañas tan grandes y tan negras.

(Nota bene: El poeta continúa
su proceso de todos los sistemas,
de todas las obscuras teogonías,
de todas las marañas esotéricas,
de todos los programas positivos
que derrumban altares y desdeñan
la hipótesis de Dios, de todo el triste
delirar de las razas, anestesia
con que aduermen las razas su amargura
de cruzar como sombras por la tierra,

y el romance concluye de la suerte
que verá en breve término quien lea).

Desde entonces me sigues y es en vano
que me esconda: no hay noche asaz espesa
donde no des conmigo, no hay ensueño
que me arroje ni caos que me envuelva.
Eres tú la que en lo íntimo del alma
con el alma dialoga y la condena,
la que convierte en pan mi eucaristía,
la heterodoxia sin cuartel, la réplica.
Te llamas el quién sabe! ese quién sabe
más ¡ay! demoledor que las trompetas
de Jericó, te llamas el *acaso*,
el *quizá*. . . . y eres ogro de creencias.

Te escapabas como el ángel en la lucha
con Jacob, de mis brazos y forcejas
en la sombra, y atrofias, como el ángel,
tocándolo, el tendón de mi dialéctica.
Multiforme y á veces cariñosa,
si me voy á caer de mi quimera
tu mullido colchón de escepticismos
extiendes sobre el lodo de la tierra.

No te puedo dejar: estoy tan solo!
no me puedo esconder porque me encuentras,
no te puedo matar por que me mato,
no te puedo apagar porque me hielas. . . .
Inmortal, ten piedad de mi calvario,
desciñe los tentáculos, ogresa,
que lastimas las llagas de mis plantas
clavadas en la cruz de la impotencia. . . .
Ya no quiero el veneno iconoclasta
de tus libros hinchados que no enseñan
más que á dudar. . . . Escóndeme tus ojos
dilatados cual mares sin riberas,
esos ojos tan negros y tan grandes
con pestañas tan grandes y tan negras. . . .

Bueno, es fuerza acabar! Si Dios existe
Dios me puede acorrer. Tú nunca rezas;
pero yo rezaré; tú nunca lloras;
lloraré por los dos; tú nunca sueñas;
pero yo soñaré; porque me han dicho
que soñar es orar. Al fin, lobezna,
vas á ver cómo crujen tus cartilagos
bajo el puño del ángel y tus vértebras
en los brazos del ángel!

Cristo, Brahma,

Alá, Jove, Adonai, quienquier que seas,
retira de mis labios este cáliz,
Padre, ten compasión de mis tristezas!
Solivíame la carga de una estéril
juventud que intoxica la increencia,
ó dame una fe tal cual la tenían
los guerreros antiguos en su empresa,
los místicos doctores en su dogma,
los viejos quiromantes en su estrella.
Rolando en Durandal, Ruy en tizona,
Constantino en su signo, Magdalena
en su Cristo, Sansón en sus cabellos
y Oberón y Niphar en sus princesas!

Y *Ella* dice envolviendo en el escándalo
de sus vastas pupilas mi alma entera:
«Dios ha muerto... hace mucho... le matamos
Nietzsche y yo, en el azur y en las conciencias.
Ven, levanta tus ojos al vacío:
«¿qué ves?»

«La via Láctea, sementera
de soles: . . .»

«No por cierto: es *su* cadáver,
el cadáver de Dios en las esferas!»

Y al decir estas cosas naufragaba
mi razón en sus ojos de tinieblas:
esos ojos tan negros y tan grandes
con pestañas tan grandes y tan negras!

AMADO NERVO.

DE JOSE M. DE HEREDIA.

EL DUQUE DE BROGLIE.

UNA ANECDOTA INTERESANTE.

DE BROGLIE Y LAMARTINE.



ON la muerte del duque de Aumale, la Academia Francesa perdió al más literato de los príncipes. Le quedaba el señor duque de Broglie. Acaba de morir. La Academia difícilmente lo reemplazará, pues pertenecía á una raza que va desapareciendo: la de los grandes señores literatos.

La casa de Broglie, si bien no es de las más antiguas de Francia, puede seguramente contarse entre las más ilustres de este país. El primero de esta familia que llegó á Francia, fué un conde de Broglie, originario de Cheri, en el Piamonte, que después de haber sido paje del príncipe Mauricio de Saboya y haberse distinguido en los campos de batalla,

siguió la fortuna de Mazarino, fué nombrado teniente general y murió en 1656 en el sitio de Valencia.

Desde entonces, los Broglie empezaron á hacer camino en la corte. Creados duques franceses y condes del Santo Imperio, cuentan con tres Mariscales de Francia, ministros, obispos. Uno de éstos, Carlos Francisco, fué el célebre corresponsal secreto del rey Luis XV.

El abuelo del que acaba de morir, después de haber prestado sus servicios en la guerra de la independencia norteamericana, fué nombrado diputado de Colmar en los Estados Generales de 1789, aprobó los principios de la revolución, y, mientras que su padre mandaba el ejército de los príncipes desterrados, combatió contra ellos en las orillas del Rhin, con el grado de mariscal de campo. Como la mayor parte de los generales de familia noble que se adhirió a la revolución, fué guillotinado. Su hijo Víctor, par de Francia, casó con la hija de la célebre madame de Staël, y después de la revolución de 1830 fué varias veces ministro. Hombre de estado distinguido, ha dejado numerosos escritos políticos é interesantes *Souvenirs*.

*
* *

El mayor de sus hijos, que sirve de tema á esta correspondencia, Jacques Víctor Alberto, príncipe y más tarde duque de Broglie, nació el 13 de Junio de 1821. Diplomático, hombre de estado, historiador, diputado, senador, ministro, nadie ignora la importancia de su figuración política después de la caída del imperio y durante los primeros años de la república. Jefe de la derecha realista, fué el alma de la coalición que después de haber derrocado á M. Thiers, trató en vano de restablecer la monarquía y produjo la caída del mariscal de Mac Mahon.

No pretendo en estas rápidas líneas consagradas á la memoria de un hombre tan ilustre como mal conocido, hacer un retrato definitivo, narrar la vida pública y analizar la obra de historiador del duque de Broglie. La más larga y seca de las nomenclaturas de la que estos primeros párrafos pueden dar una idea, no sería suficiente. Me limitaré, pues, á escribir algunos recuerdos, algunos rasgos del personaje que, quizás, tendrán el don de mostrarlo tal como se le juzgaba por los que no lo conocían y tal como era realmente para los que tuvieron el honor de tratarlo de cerca.

Su nombre, que han ilustrado la guerra, la diplomacia, la política y las letras, este nombre que se pronuncia de manera diferente á la que se escribe—¿no habrá sido esto una de las causas íntimas y oscuras de la poca popularidad de los que lo llevaron?—este nombre de Broglie evoca siempre en mí el pasado ya muy lejano de mi primera juventud.

Me recuerda, en la antigua abadía de San Vicente de Sentis, donde fui educado, la gran sala capitular completamente blanca que nos servía de comedor, donde se alineaban las mesas presididas por los buenos sacerdotes, excelentes humanistas que nos enseñaban el amor de las letras griegas y latinas, al mismo tiempo que el respeto por la lengua francesa.

Descansando contra la pared del fondo se levantaba una tribuna que ocupaba el lector. Su voz, dominando el ruido de los cubiertos y el rumor de las conversaciones en voz baja, retumbaba bajo la bóveda de piedra cuya noble y fría arquitectura parecía hecha para el estilo grave y sobrio de *La historia de la iglesia y del imperio romano en el siglo IV*. ¿Quién me hubiera dicho entonces que el autor de ese libro, cuya lectura escuchaba distraidamente, sería un día mi colega en la Academia Francesa?

Los años pasaron para mí rápidos y numerosos. La política es casi siempre, para los que los estudios históricos sumergen en el pasado ó la poesía arrastra hasta los sueños, algo sumamente indiferente y hasta odioso. Pero el terrible sacudimiento de 1870 conmovió todos los espíritus. Fué necesario preocuparse de los destinos de Francia, desmembrada y violentamente agitada. Entonces el nombre del duque de Broglie, aplaudido ó detestado, pasaba de boca en boca. Su actitud el 24 de Mayo, sus discursos en la asamblea y en el senado, en fin, el golpe de estado del 16 de Mayo de 1877 y la disolución de la Cámara, lo hicieron tan impopular como célebre.

*
*
*

Un lindo día de verano de ese mismo año, mi viejo amigo, el buen editor Alphonse Lemerre, había reunido á algunos poetas en Ville d'Avray, en la casa deliciosa del delicioso pintor Corot, que es hoy la suya. Habíamos festejado á un huésped famoso que, si no escribía versos, le gustaban y los comprendía. Era Gambetta. Estuvo encantador en su graciosa sencillez, y durante nuestra libre y familiar conversación se mostró lleno de imaginación y de alegría *gauloisis*, amable y atrayente como sabía serlo. Nos sedujo á todos. Sentados bajo la sombra de los tilos, rodeados de flores, en la calurosa atmósfera de una linda tarde templada por la frescura de las aguas, escuchábamos al tribuno que, con una elocuencia tan seductora como ingeniosa, comentaba espiritualmente á Rabelais, cuando, á propósito creo de Picrochole y de sus aventuras, uno de nosotros, no recuerdo cuál, hizo alusión á la política del momento y pronunció el nombre del mariscal presidente. Inmediatamente se cruzaron las preguntas, las exclamaciones de todos. ¿En qué situación estamos? ¿Cuál es su opinión? ¿Qué cree usted? ¡La situación es grave! ¿Quieren echar abajo á la república? ¡Van á restablecer la monarquía!—«Pero no, pero no,» protestaba Gambetta, algo desagradado de verse así repentinamente conducido á las preocupaciones un momento olvidadas.—¡Tened cuidado! Han cambiado los prefectos, disponen de todo el clero, de los banqueros, de los magistrados y del ejército.»

—«No tanto como Udes. parecen creerlo. Además, en último caso, no tendríamos temor al dirigirnos al duque de Aumale. Ejerce el mando, en Besançon, del más espléndido, del mejor cuerpo del ejército que hay en Francia; haríamos de él, si fuese necesario, algo parecido á un Stathouder, y les aseguro que el duque no restauraría ni la monarquía del derecho divino, ni un reinado constitucional. ¿Y por otra parte, quién se animaría á ir hasta el fin? Fourtou, que parece tener veleidades de audacia, se arriesgaría quizás si se le dejase en libertad de obrar. Pero Broglie no se lo permitiría. Es, sin embargo de todo, demasiado francés, demasiado *gentilhombre*, demasiado duque, para mezclarse en semejante empresa y mancharse los puños con sangre. No hay hombre más desagradable, más seco, más agrio, más altanero; pero es necesario reconocerlo, es un caballero, un político sutil, uno de nuestros primeros historiadores, orador notable, pero . . . —y su voz se convirtió en un trueno irónico y alegre— . . . pero, un orador que nadie escucha.» Y no pudiendo resistir al placer de terminar con un rasgo más brillante, por más injusto que fuese: «¡En suma, un Maquiavelo de corredores!»

*
*
*

Quince años más tarde, hacía mis visitas académicas. No fué sin cierta aprensión que salvé por vez primera la gran puerta del *hotel* de la rue Solferino, cuyo piso tercero ocupaba el duque de Broglie. La tiesura del lacayo á quien entregué mi tarjeta, la altura de los salones que adornaba, sin complemento alguno de plantas ú objetos preciosos, el mobiliario reglamentario, de una riqueza fría y anticuada, todo parecía acordarse con la idea que me había formado de un doctrinario aristocrático. Mucho me sorprendió la acogida que me dispensó el duque de Broglie.

Se mostró, al principio, de una urbanidad exquisita, de una finura altiva, más bien reservada que altanera, que se animó poco después con un ligero tinte de simpatía. Su fisonomía, encuadrada por cabellos de plata finos y rizados, debió haber sido sumamente atrayente. Se había conservado fresca, delicada y distinguida con sus ojos celestes y penetrantes. Durante nuestra conversación, que se prolongó más de lo que se usa en estas visitas de ceremonia, me dijo, con su voz entrecortada, sorda y seca, cosas muy halagüeñas.

Cuando se levantó para acompañarme, noté que su estatura, que no era superior á la mediana, parecía más alta de lo que era realmente, habiendo conservado algo de la esbelta elegancia de la juventud. La mano que, al llegar á la puerta, me tendió con gracia, apretó la mía con una especie de apuro inquieto ó tímido, y comprendí que no estaba acostumbrada á este gesto banal que prodigamos á todo el mundo.

Salió de esta primera entrevista, sorprendido y hasta encantado. Después he visto frecuentemente al duque de Broglie en su casa, asistiendo á sus miércoles, y casi todos los jueves en la Academia, á los que concurrió con gran asiduidad hasta los últimos días de su vida. Antes de la apertura de la sesión, se paraba generalmente delante de la chimenea, bajo el retrato de nuestro fundador Richelieu, y conversaba con sus colegas. Su espíritu adornado y armado de todas armas, se ejercitaba allí con complacencia. Sin embargo del traje moderno, estrecho y obscuro, tenía buena figura, aun comparada con la efigie altanera y fastuosa del gran cardenal, del duque rojón, del otro Duque.

En el curso de nuestras discusiones, en las que se interesaba y que consideraba como una inversión de sus vastos trabajos históricos, daba pruebas de los más variados conocimientos, de la más amplia inteligencia y del gusto más seguro. No olvidaba que era nieto de Mme. de Staël, y parecía casi tan orgulloso de su talento como de su nacimiento. Su pequeño libro sobre Malherbe es, á mi modo de ver, una verdadera obra maestra, en el que las ideas más nuevas, las más atrevidas, las más justas, se encuentran explicadas en una forma de una sobriedad y de una perfección clásicas. No pude dejar de escribirle mi opinión sobre la obra. Este elogio, de parte de un poeta, pareció impresionarle vivamente y me lo probó en varias ocasiones. Su altivez tan famosa, que tantas veces le ha sido reprochada y que le ha enajenado tanta gente, no era, me parece, sino el producto de su distracción y de su timidez naturales, á las que se agregaba un respeto demasiado grande por sí mismo.

*
* *
*

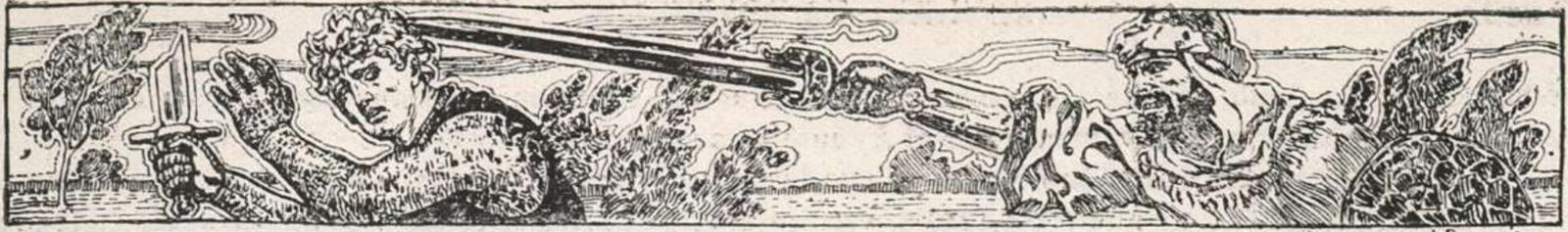
Sallamos juntos algunas veces, terminada la sesión, y caminábamos por los muelles, hablando sobre los temas más diversos. Me eran sumamente agradables estas conversaciones con un hombre de tanto valer y tanta experiencia, que había conocido todas las grandes figuras de la edad heroica de nuestro siglo.

Un día que me reprochaba, con suma amabilidad, por otra parte, de haber exagerado en mi discurso de recepción los méritos de Lamartine, como ciudadano, le contesté: «Permitame que le diga que Ud. juzga á este gran hombre, un tanto como discípulo del doctrinario Doudan; con las prevenciones de un contemporáneo, de un adversario; en cuanto á nosotros, lo vemos ya en el pasado, como en una gloria de poesía. Ud. me ha hecho el honor de enviarme recientemente la colección de las cartas deliciosas y llenas de emoción de su madre. En una de ellas se lee:—perdone si cito inexactamente, pues cito de memoria,—refiriéndose al joven poeta de las *Meditaciones*, que emprendía viaje para Florencia: «He visto á Lamartine que tiene casi tanta belleza como genio.» Hay en esa colección cartas de una fineza verdaderamente exquisita; una, por ejemplo, entre muchas otras, en la que su madre le reprocha el que Ud. se pasee en los bosques de Broglie, siempre en compañía de un libro ó de un amigo con quien Ud. habla de política, y le aconseja que mire la naturaleza á su alrededor, que se fije cómo abren las flores, cómo crecen las hojas de los árboles y qué dibujos forman las nubes al correr por los cielos.»—«Mi madre tenía razón, dijo sonriendo, y comprendo ahora, un poco tarde, que lo pintoresco es bueno algunas veces, aun hasta en la historia.»—Quedó un momento pensativo y continuó poco después: «Para volver á lo que decíamos del Sr. de Lamartine, creo como Ud., mi querido colega, que cuando un hombre ha llenado un papel en la historia con valor y sinceridad, se debería siempre tomar en cuenta las circunstancias penosas y los obstáculos que se le presentaran en su vida, y no juzgarlo sino por sus virtudes.»

Me detengo ante estas bellas palabras. El duque de Broglie ha muerto en la plenitud de sus fuerzas, después de una vida bien empleada, cuyo fin ha sido de una dignidad discreta y serena. Era un francés de gran raza, de un raro valer intelectual y moral. Cualquiera que sea el fallo que cada uno, según sus pasiones, pueda pronunciar sobre el hombre público, se debe, á las puertas del nuevo siglo que se inicia, saludar con respeto á este representante de una época distinta, á este perfecto ejemplar de las virtudes tradicionales, á esta gran figura que acaba de desaparecer.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.





ALGUNAS IDEAS RESPECTO DE INSTRUCCION PRIMARIA

PRESENTADAS EN FORMA DE DICTAMEN POR GABINO BARREDA,
Á LA COMISI3N NOMBRADA EN UNA JUNTA DE AMIGOS, REUNIDOS CON EL OBJETO DE PROMOVER LO QUE PUDIESE SER ÚTIL
PARA DIFUNDIR LA ILUSTRACI3N EN M3XICO.
APROBADO POR DICHA COMISI3N, TANTO EN LO GENERAL, COMO EN LO RELATIVO Á LA PARTE
RESOLUTIVA CON QUE TERMINA.

INDIVIDUOS QUE COMPUSIERON LA COMISION DICTAMINADORA:

CC. Gabino Barreda, Ignacio Ramirez, Rafael Martinez de la Torre, Guillermo Prieto, Roberto Esteva.

L'education constitue le premier des arts le seul
pleinement g3n3ral, celui qui perfectionne l'action
en ameliorant l'agent.
A. Comte. Systeme de Polit posit., t. IV. p. 246.

PARTE TERCERA.

MEDIDAS PRÁCTICAS CUYA SANCI3N LEGAL CREE LA COMISI3N QUE SERÁ PROPIA
PARA IMPULSAR LA INSTRUCCI3N PRIMARIA.



PRIMERA: Todo habitante del Distrito, ó mejor, de la Rep3blica, tiene obligaci3n de adquirir la instrucci3n primaria antes de los 13 a3os de su edad.

Segunda: S3lo se admitirán como excepciones las de imposibilidad f3sica ó moral, en los casos que una ley reglamentaria señale.

Tercera: Los Ayuntamientos y autoridades pol3ticas tendrán la facultad y la obligaci3n de imponer penas, principalmente pecuniarias, á los que no cumplan con el precepto legal, dejando de proporcionar la instrucci3n primaria á sus hijos.

Cuarta: Dichas penas serán generalmente cortas, aun con relaci3n á las facultades de los remisos, pero aplicadas con inexorable rigor, é ingresarán al fondo de Instrucci3n primaria.

Quinta: Adem3s de las penas pecuniarias, la ley se servirá de otros medios para hacer que el precepto de la instrucci3n obligatoria tenga verificativo, tales como las penas á los patrones ó amos que admitan á su servicio ó en sus talleres ni3os que no hayan adquirido ó estén adquiriendo dicha instrucci3n.

Sexta: A efecto de facilitar el cumplimiento de la prevenci3n anterior, las escuelas tendrán una secci3n para los ni3os que s3lo concurren medio d3a, ya sea en la ma3ana, ya en la tarde.

S3ptima: Los Ayuntamientos de todos los lugares percibirán en sus respectivas demarcaciones, las contribuciones directas que se establecerán en cuanto fuere necesario para tener abierta, para cada sexo ó para ambos reunidos, una escuela primaria por cada 500 habitantes, siempre que los fondos ordinarios no fueren suficientes para ello.

Octava: Para que nadie pueda dudar de la verdadera necesidad de imponer dicha contribuci3n, asi como del empleo efectivo de sus productos en el fin á que están destinados, la autoridad pol3tica nombrará una junta inspectora, compuesta de personas de reconocida moral y acomodadas, que se considerarán como miembros del Ayuntamiento para s3lo el caso de percibir la contribuci3n ó de exigir las cuentas á los que hayan administrado esos fondos.

Novena: El n3mero de miembros de esta junta será igual al de los concejales, y para los efectos del art3culo anterior, tendrán voz y voto en las sesiones que expresamente se citarán para tratar esos asuntos.

D3cima: El Ayuntamiento, integrado con la junta inspectora, en la forma expresada en el art3culo noveno, podrá nombrar y remover libremente á todos los empleados que intervengan en el cobro y admi-

nistración del fondo de instrucción primaria formado con la contribución mencionada; pero los profesores serán nombrados exclusivamente por el Ayuntamiento como tal.

Décimaprimerá: La duración de estas juntas inspectoras será de cuatro años, haciéndose cada año nuevo nombramiento de un número de miembros igual á la cuarta parte del total, prefiriendo en todo caso para estos nombramientos á los padres de familia.

Décimasegunda: Cada siete años, la autoridad política, con acuerdo del Ayuntamiento, integrado con los profesores del lugar, hará la declaración de lo que en el septenario siguiente deberá entenderse por INSTRUCCIÓN PRIMARIA, sin que en ningún caso pueda ésta comprender menos que: lectura, escritura, ortografía castellana, las cuatro reglas de aritmética, elementos de historia nacional y gimnasia.

Décimatercera: Este programa sólo comprenderá el *minimum* de instrucción que un niño deberá adquirir para considerarse satisfecho el precepto legal; pero de ningún modo se opone á que la enseñanza voluntaria que se dé en dichas escuelas abrace mayor número de conocimientos útiles, ni mucho menos á que se establezcan escuelas primarias de perfeccionamiento, en las cuales la instrucción será más amplia y completa.

Décimacuarta: Sin emplear coacción de ninguna clase, se procurará por la convicción, los estímulos y el buen orden y moralidad de las escuelas, y especialmente de los profesores, que los niños de todas las clases concurren á las escuelas y adquieran en ellas la instrucción primaria más bien que en el domicilio.

Décimaquinta: Los profesores titulados serán de 1^a, 2^a y 3^a clase.

Décimasexta: Para adquirir el título de 1^a clase se requiere: haber concluido la instrucción primaria y la secundaria, y sufrir un examen teórico-práctico de los métodos de enseñanza, muy particularmente del llamado objetivo, ser de buenas costumbres y de buenos modales.

Décimaséptima: Para obtener el título de 2^a clase, se requiere acreditar, por medio de examen, estar suficientemente instruido en los ramos siguientes: lectura, escritura, gramática castellana, aritmética, incluso el sistema métrico-decimal, geografía física y política, historia del país, ser de buenas costumbres y de buenas modales, y haber practicado por seis meses lo menos la enseñanza objetiva.

Décimaoctava: Para tener el título de 3^a clase se requiere: acreditar en la misma forma, aunque en un grado menor, la instrucción indispensable en los mismos ramos exigidos para la 2^a clase, quedando por lo mismo en cada caso libre el jurado de examen para decidir si deberá expedirse título de 2^a ó de 3^a clase.

Décimanovena: Ninguna escuela sostenida por los fondos públicos podrá estar dirigida por profesor no titulado.

Vigésima: Anualmente se publicará un censo de los niños que asisten á las escuelas, comparando el número de éstos con el total verdadero, ó al menos aproximativo, calculado á razón de un niño por cada cinco ó seis habitantes.

México, Agosto 15 de 1875.

GABINO BARREDA.

OFRENDA.

Respirando un olor de primavera,
Me incitó como un ramo de jazmines
Tu seno, y en tus mieles y satines
Se acurrucó cantando mi quimera.

Quiero bajo el frescor de adormidera
De tus ojos, mirar nuevos confines,
Y distraer mi luto en los jardines
Umbrosos de tu suelta cabellera.

Y en cambio de tus lises esplendentes,
En cambio de los místicos presentes
Que me dará tu mano bondadosa,

Mi juventud, que exhalará en las gradas
De tu altar, á la luz de tus miradas,
Su perfume como una tuberosa.

EFREN REBOLLEDO.

REVISTA MODERNA

ELL A

HOJA DE ALBUM

POR

Ernesto Elorduy.

(INÉDITA)

“REVISTA MODERNA”

dim. p m. f. muy exp:

cresc. rit. Tiempo f. con pasion

ff muy apasionado

f f f rit.

dim. 1^a 2^a

